

Maria Valtorta

LOS CUADERNOS 1944

Traducción del italiano de

A. Carmen Massari Acquavella

CENTRO EDITORIALE VALTORTIANO

Todos los derechos reservados.

Título original: I Quaderni del 1944.

© 1976 by Emilio Pisani.

© 1985 by Centro Editoriale Valtortiano srl.

Traducción del italiano de

A. Carmen Massari Acquavella

© 2003 by Centro Editoriale Valtortiano srl.

Viale Piscicelli 89-91 03036 Isola del Liri (Fr) - Italy

ISBN 978-88-7987-092-4

Fotocomposición e impresión:

Centro Editoriale Valtortiano srl.

Reprinted in Italy, 2008

7 de abril

Viernes Santo, a las 10 y 30 de la mañana.

Mi amonestador interior me dice que ésta es la hora en la que Juan fue a María 1.

La visión cesa. Son las 12 y 30 actuales, es decir, las 11 y 30 de la hora solar.

Después, desde las 13 hasta las 16 (de la hora solar), me he quedado abatida, pero no por el sopor sino por un debilitamiento tan intenso que me impedía hablar, moverme, abrir los ojos. Podía sufrir, únicamente. Y, a pesar de que en mi sufrimiento meditaba continuamente en la agonía de Jesús, no lograba ver nada.

De pronto, a las 16, mientras pensaba en el momento en que le clavaban las manos, vi morir a Jesús. Vi sólo eso. Le vi mover la cabeza de un lado a otro en una última contracción, vi que exhalaba un último y profundo anhelito, que movía los labios intentando emitir una palabra que, por la imposibilidad de pronunciarla, se mudó en un fuerte lamento, terminado en gemido porque la muerte le cortó la voz; vi que permanecía así, con los ojos entrecerrados y la boca semiabierta; le vi aún por un momento con la cabeza erguida, que se mantenía rígida sobre el cuello como por obra de un convulsivo espasmo interior, y luego la vi caer para adelante, hacia la derecha. No vi nada más.

Luego he recuperado las fuerzas en mínima parte, pero sólo mínima, hasta las 19 de la hora solar y después otra vez el tremendo sopor hasta pasada la medianoche. Pero no llega, para consolarme, ninguna visión. También yo estoy sola, como María después de la sepultura. No se ve nada, nada se oye. Y sufro mucho.

Para consolarme un poquito, quiero describirle lo bien que veía a Jesús ayer por la noche, cuando se me iba ilustrando de nuevo el adiós a María, antes de la Cena.

Jesús estaba arrodillado a los pies de la Madre, le abrazaba el talle, apoyaba la cabeza sobre sus rodillas y cada tanto la levantaba para mirarla. El rostro de mi Jesús estaba completamente iluminado por la luz de un candil de tres mechas, que estaba apoyado en una

---

1 Se refiere al episodio “Juan va a recoger a la Madre” descrito en la vasta obra sobre el Evangelio.

esquina de la mesa, cerca del asiento de María. En cambio, la Madre quedaba algo en sombras, pues la luz estaba detrás de su espalda, mientras Jesús estaba en plena luz.

Me sumía en la contemplación de su rostro para observar los más mínimos particulares. Y una vez más vuelvo a describírselos 2. Los cabellos, divididos por la mitad, caen a ambos lados de la cabeza en largos mechones que le llegan hasta el hombro; son ondulados desde la raíz y terminan en un verdadero rizo. Son brillantes, finos, están bien ordenados, tienen un color rubio intenso que, especialmente en el rizo de las puntas, adquiere definidas tonalidades cobrizas. La frente es muy alta, hermosísima, lisa como una faja, con las sienas ligeramente hundidas, sobre las cuales las venas azuladas trazan leves sombras de índigo al evidenciarse bajo la piel blanquísima, de esa

especial blancura que tienen ciertos individuos pelirrojos, es decir, una blancura como de leche, con ligeros matices tendientes al marfil, pero con un sutil toque azulado, una piel sumamente delicada que parece estar hecha con cándidos pétalos de camelia, tan fina que transparenta aun la vena más tenue y tan sensible que toda emoción se refleja en ella con una palidez más intensa o con vivos rubores.

Pero yo he visto a Jesús siempre pálido, apenas algo bronceado por el sol que recibió ampliamente en su peregrinar por Palestina durante tres años. En cambio, María es más blanca porque ha vivido más apartada, en casa, y su blancura tiene un matiz rosado mientras en Jesús tiende a marfil con ligeros reflejos azulados.

La nariz es larga y recta, tiene apenas una ligera curva en la parte superior, cerca de los ojos; es una nariz muy hermosa, fina y bien modelada. Los ojos, algo hundidos, son muy bellos y tienen ese color que he descrito tantas veces: un color zafiro muy intenso. Las cejas y las pestañas son espesas, pero sin exageración, largas, bellas, brillantes, de un castaño oscuro con una microscópica pizca dorada en la punta de cada pelillo. Por el contrario, en María son de un castaño muy claro, más finas, menos espesas; quizás lo parezcan porque son muy claras, casi rubias. La boca de Jesús es regular, más bien pequeña, bien modelada, muy semejante a la de su Madre, con labios de justo espesor, ni tan finos que parezcan serpentinas, ni demasiado pronunciados. En el centro son acentuados, torneados en una hermosa curva y

---

2 Ya los ha descrito, por ejemplo el 29 de diciembre de 1943, en “Los cuadernos. 1943”.

272

casi desaparecen en los extremos por lo que la boca parece más pequeña de lo que es en realidad pero, de todos modos, es una boca hermosísima, de un rojo sano, que se abre sobre la dentadura regular, fuerte, con dientes más bien largos y blanquísimos. En cambio, María tiene dientes pequeños, pero regulares y parejos. Las mejillas son delgadas, pero no descarnadas. El rostro, estrecho y largo, es muy bello, con pómulos ni demasiado salientes ni demasiado achatados. En el mentón se extiende una barba espesa, que se divide en dos puntas crespas y que circunda, pero no cubre, la boca hasta el labio inferior, sube cada vez más corta hacia las mejillas y se hace cortísima a la altura de la comisura de los labios, donde ya es sólo una sombra, un barniz de cobre sobre la palidez de las mejillas. En las partes más espesas tiene un color cobrizo oscuro, diríamos, un rubio rojizo oscuro. Y del mismo color son los bigotes, no muy espesos, cortos, de modo que cubren apenas el labio superior entre la nariz y la boca y llegan hasta los ángulos de la boca. Las orejas son pequeñas, bien modeladas y muy unidas a la cabeza, es decir, que no sobresalen en absoluto.

Verle así, tan bello como le vi anoche y recordarle desfigurado, como se me apareció tantas veces, en la Pasión y después de ella, hacía aún más agudo mi amor, compadecido por su sufrimiento. Y cuando le veía recostarse y apoyar el rostro sobre el pecho de María, como un niño necesitado de caricias, me preguntaba una vez más cómo los hombres han podido ensañarse con Él, que es tan dulce y bueno en todos sus actos y que, con su solo aspecto, conquista los corazones. Veía que sus manos, bellas, largas, pálidas, abrazaban la cadera de María, el talle de María, los brazos de María, y me decía: “¡Y dentro de poco serán traspasadas por los clavos!” y sufría. Y que estaba sufriendo, aun los menos observadores lo advertían.

Padre, hoy he deseado tanto que viniera, porque me parecía que, periódicamente, el corazón iba a explotarme o a ceder. Me parece que hace siglos que no recibo a Jesús. ¡Menos mal que ya son las dos de la madrugada del sábado y se acerca la hora de la Comunión! Pero estoy sola. Jesús calla,

calla María, calla Juan. Le esperaba, al menos, a él. Pero no sucede nada: silencio absoluto y absoluta oscuridad. Es una verdadera desolación...

273

9 de abril

Noche de Pascua.

Dice Jesús, y me lo dice de modo tan doloroso que, por eso y porque el tema es tan penoso, lo escribo aparte 1

Dice Jesús:

«El año pasado, en el primer dictado, te dije 2 : “El Padre está cansado y, para hacer perecer la raza humana, dejará que se desencadenen los castigos del Infierno”. Y el Viernes Santo dije: “Yo vendría a morir por la segunda vez para salvarles de una muerte aún más atroz... Mas el Padre no lo permite... Sabe que sería inútil... ¡Oh, si los hombres aún supieran dirigirse a Mí, que soy la salvación!”.

Os remito a todos mis dictados precedentes a los de este último tiempo. He hablado usando las profecías del Libro santo, explicándooaslas, aplicándolas a la época actual y si luego he cesado de referirme a ellas, es porque he comprendido que era inútil respecto al Bien y también peligroso porque esas palabras divinas podían convertirse en un arma de tortura diabólica contra mis siervos, que las escuchaban, las repetían, las difundían y las acogían. Mas aunque no se exprese mediante la Palabra, mi pensamiento es siempre ése y no cambia.

María, a fines del pasado mes de mayo te dije: “¿Qué quieres saber, ¡oh, pobre alma!, respecto al futuro...?” (referencia al dictado del 31 de mayo de 1943). “Agradécele a mi Misericordia que, por ahora, te oculta buena parte de la verdad sobre el futuro”. ¡Oh pobre, pobre alma!

Otra vez te dije: “Querías que Yo apareciera y me mostrara... Mas, aunque me mostrara, ¿dónde está en los corazones ese residuo de fe y de respeto que les haría inclinarse con el rostro en el suelo para pedirme perdón y piedad?” (referencia al dictado del 5 de junio de 1943).

También ahora me pedís una señal de poder, de un poder que, por ser el Poder de un Santo, más aún, del Santo de los santos, tendría que ser un inexorable castigo, un tremendo castigo para un número incalculable de personas, porque - y aquí repito lo que he dicho mil veces 3 - los grandes culpables existen porque toda la masa es más o

---

1 En efecto, el dictado está escrito en cuatro carillas intercaladas y cosidas con hilo de algodón en este punto del cuaderno.

2 Es el dictado del 23 de abril de 1943. Véase “Los cuadernos. 1943”.

3 La última vez que lo dijo fue el 28 de marzo.

274

menos culpable de los mismos pecados de los grandes.

Mas Yo no puedo dar esta señal. Quiero decírtelo a ti, pobre alma a la que le he concedido verme triunfante <sup>4</sup> para infundir fuerzas a su ser agobiado por la carne que muere y por el espíritu desolado a causa de la prueba que padeció y de los horrores que la circundan. Yo no puedo dar esta señal de mi Poder. Me es imposible hacerlo, pero no porque Dios haya perdido la facultad de obrar. Como Dios, nada me es imposible. Mas ésta es la hora del imperio de las Tinieblas, que los hombres - espontáneamente - han querido. El reino del Mal ya está instaurado. Y, por eso, todo lo que Yo llegara a hacer, sería anulado por la voluntad del hombre; todo el Bien que prodigara, sería destruido por el Mal.

Asisto impotente a esta carrera que lleva a la muerte espiritual de toda la humanidad. No hay don ni beneficio que Yo pueda dar, no hay llamado o castigo que Yo pueda establecer, capaz de detener este espontáneo naufragio en Satanás de la humanidad que redimí. Como un toro enfurecido, la humanidad lo echa todo por tierra: la razón, la moral, la fe, y va a estrellarse contra lo que la mata. La mano profanadora del hombre se alza para cometer un nuevo delito que no merece el perdón. Y el Padre, que no quiere perdonar, os deja perecer tal como habéis querido.

Lo único que puedo hacer - y lo hago - es contener la ira del Padre mío que, cansado de los delitos de una raza por la cual se derramó inútilmente mi Sangre, quiere (y lo quiere infinitamente) ejercer su Justicia sobre vosotros y, dado que sois culpables, justicia significa castigos tremendos, que mi Misericordia no quiere que se agreguen a los que ya os dais por vosotros mismos. Y, por eso, intento contener la ira del Padre y lo hago por piedad hacia los santos que, raros como las flores en un desierto, siguen rezando, rezan aún, sin demostrarse consuetudinarios ni hipócritas.

María, sé que te hiero y te abato. Esperabas recibir júbilo de mi Pascua, obtener rosas después de las espinas, sonrisas después de las lágrimas. Mas eres víctima y, siéndolo, permanecen las espinas y las lágrimas aun en el tiempo pascual, pues es necesario quedarse en la cruz por esta humanidad perversa.

Te pido que te quedes en la cruz por Mí. Mi sueño fue salvar el mundo; mi gozo, salvar las almas. El mundo ya está perdido para

---

4 Véase el dictado del 10 de enero.

275

Dios, pero las almas aún pueden salvarse: pueden salvarse los que conservan un alma, que languidece pero aún está viva. Por ellas te pido caridad. Es Jesús que, como Resucitado glorioso, implora amor y te pide esta limosna de almas para que su Reino aún tenga súbditos.

Ve en paz».

Pascua de Resurrección.

Dice el Espíritu Santo:

«Yo soy El que consuela. Yo consuelo a los que abate el desaliento y tortura el presente. Yo soy El que cura y mitiga la amargura de la Palabra de la verdad, que hoy, más que nunca, es

amarga.

Este día es el triunfo de la Caridad, así como Navidad es su más alta manifestación, porque Navidad es el comienzo de la Redención, que es Caridad operante, mientras las Pascuas son la Redención cumplida, es decir, la victoria de la Vida sobre la Muerte a través del Amor sublimado en el holocausto voluntario para daros la Vida, y el acto por el cual me fue posible descender en vosotros - vueltos a santificar por la Sangre de Dios-Hijo - para reuniros a Dios-Padre con la Caridad, sin la cual Dios no puede estar en vosotros ni vosotros en Dios. En este día pues, vengo a decirte: ten confianza aún. Aunque todo te parezca perdido, ten confianza. Nosotros, el Verbo y el Espíritu, aún obramos y amamos para salvaros y defenderos, aunque el abismo del Mal erupca sus demonios para atormentar la Tierra y fecundarla, de modo tal que engendre el Anticristo; aunque el abismo de los Cielos parece cerrarse por decreto del Padre, de quien provenimos. Yo-Caridad, Yo-Santificación, no ceso de esparcir los méritos de mi Sangre y el Verbo-Caridad, el Verbo-Redención no cesa de esparcir los carismas de su poder por vuestro Bien.

Ten confianza. El Amor ha vencido siempre».

Mi pasión desnuda (9 de abril...)

10 de abril

I. Veo únicamente a San José que me mira con suma piedad, pero no habla. Está en el acostumbrado rincón, opuesto a mi lecho.

276

11 de abril

II. Veo a la Virgen vestida de blanco y con la cinta azul, como en Lourdes. Reza a la derecha de mi lecho, pero no habla. En cambio, San José se acerca, me acaricia la cabeza y dice: “Hija, reza”. Obedezco llorando y vuelvo a esperar.

12 de abril

III. Esta mañana, a las siete, salgo de un sopor que ha durado 11 horas (once horas) y oigo que el Señor murmura una plegaria al Crucifijo como si quisiera dictármela. Pero, a pesar de que la oigo nítidamente, no puedo escribirla en mi estado actual y mi mente exhausta no la retiene; por lo tanto, se pierde. Pero sigo esperando como antes, hasta la noche. Luego vuelve el tormento y deliro violentamente. ¡Oh, qué feo es el infierno! Me quedo así hasta las tres de la madrugada, hora en la que el Padre me quiere comulgar. Vuelve la calma.

13 de abril

IV Mientras rezo, Jesús dice (a las 10): “Acuérdate de cuando te hablé de las posesiones” 1. No puedo recordar nada en mi estado actual. Jesús me lo dice pero no veo nada. El día transcurre entre altos y bajos de la tortura que me acosa. Pero a medianoche me coge un espasmo tal que deliro aún más violentamente que el 12. Han desaparecido todos: Jesús, María, José, ¡todos!... Sólo existen desesperación y desolación.

---

1 Véase el dictado del 3 de julio de 1943 en “Los cuadernos. 1943”.

14 de abril

V Después de una noche inquieta, al llegar el alba me entrego al reposo, pero me despierto otra vez porque vuelve la tortura. No se trata de delirio, sino de frío y exasperante razonamiento. El Padre me quiere comulgar, aunque a mí me parece casi un sacrilegio, por-

277

que mi corazón permanece cerrado y hostil. Lentamente, la Comunión lo va calmando todo, hasta el punto que puedo volver a rezar con júbilo y oigo que Jesús me dice (le oigo pero no le veo): “Ahora podrías describir mi agonía en el Getsemaní”. ¡Claro que podría describirla! Pero creo que no lo haré jamás. Sólo el que la ha vivido puede entenderla. Para los demás sería una blasfemia. ¿Sudó sangre? Me sorprende que no se haya matado contra esa roca, aplastado por el peso de la prueba inhumana.

15 de abril

VI. Cuando pienso que hoy no recibiré la Comunión, me siento postrada. Ya me parece que no podré resistir y que volveré a caer en ese tormento atroz... Es la una y cuarenta minutos de la madrugada. Estoy sola porque esta noche Marta no está en casa. ¿Cómo haré si el tormento me domina? En esos momentos no soy dueña de mí. Le dije que no había necesidad de que alguien se quedara a dormir conmigo, pero tengo miedo de mí. No me asusta una crisis cardíaca, aunque me lleve a la muerte. ¡Ojalá! Pero me asusta la desesperación ¡Me siento tan mal! Le he rezado a la Virgen de los Dolores por una hora entera y ahora haré la penitencia que no podría hacer mañana, la que no he podido hacer desde el martes. Pero debo luchar contra la idea de que me sacrifico inútilmente. Siento que esta idea crece en mí y no quiero que me haga su presa. Quiero rezarle a la Misericordia de Dios, depositando en ella una confianza sin límites.

A las 11 y 10, mientras rezo para vencer las obras del demonio sobre esta pobre humanidad (ha sonado la alarma y las bombas caen cerca de aquí), oigo que una voz, que reconozco y recuerdo, me dice una frase ya dicha a Nuestro Señor: “Adórame y siempre te ayudaré en todo. Serás feliz”. Respondo: “No lo haré jamás. Por mi voluntad, no lo haré jamás. Si, por acaso, me vuelvo loca por el dolor de ser rechazada por Dios, entonces podría hacerlo; pero mientras tenga uso de razón, no será así. Tórmame, pero no cederé”. Esta nueva batalla me confirma quién es la causa de mi inmenso sufrimiento actual (y Ud. 1 no puede comprender cuán dulce era la tentación, tal como él la presentaba). Note que estrechaba en mis manos la cruz. ¿Es que ahora

---

1 Como siempre, se dirige al P. Migliorini.

278

no tiene miedo tampoco de ella? Sobre las rodillas, yo tenía la imagen de la Virgen de Fátima y la de San José. ¿Es que ya no tiene miedo a nada? Un día Jesús me dijo: “Contéstale con mis mismas palabras”. Le he respondido: “Vade retro, Satanás. Está escrito: ‘Adorarás al Señor tu Dios

y le servirás sólo a Él' ” 2. Pero, ¿cuánto dura esta prueba?

---

2 Mateo 4, 10; Lucas 4, 8.

16 de abril

VII. He vuelto a leer los dictados. Ha sido como un bálsamo. Pero, ¿los he recibido precisamente yo? Si es así, ¿cómo puedo ahora no sentir para nada esa dulzura? He leído “Jesús y los niños” 1 y he llorado pensando en mi júbilo de aquella noche, cuando me parecía que Jesús me daba su mano para que la observara. ¡Qué lejos está todo eso! Ahora que estoy cerca de la muerte, ya no me queda nada de todo aquel bien; no me queda más nada. Y tengo miedo. Me siento sola, sola en medio de las tentaciones y los peligros. Tengo miedo. Fui rebelde, no me resigné. Disgusté a Dios, ¡a mi Jesús! No me lo perdono pero, si Él no me ayuda en esta hora, que es una hora horrenda para mí, ¿cómo puedo salir victoriosa sólo por mí misma? Sufro de un modo tan absoluto e inhumano, que no existen palabras que puedan describirlo. Ya no me siento protegida por Dios. ¡Tengo miedo, miedo! Le tengo miedo a todo, miedo a la Tierra y al Cielo; miedo a mí misma y a Satanás, que quiere arrancarme a Dios. Miedo...

---

1 Se refiere a la visión del 7 de febrero, que se encuentra en la vasta obra sobre el Evangelio con el título: “En Yuttá, con los niños”.

17 de abril

VIII. Pienso que hoy Ud. no está y que no recibiré la Comunión. Pienso que, de ahora en adelante, sucederá así todos los días 1. ¡Oh Pan mío, que eras mi alegría y que ahora pierdo, Pan que ahora recibiré raramente! ¿Cómo podré, justo ahora que estoy muriendo, estar sin Ti?

---

1 Puede que sea así a causa de la evacuación de los civiles. Véase la nota 1 en el texto del 24 de abril.

279

18 de abril

IX. Ayer por la noche, mientras me encontraba sumida en la desolación más tremenda porque había visto quebrarse también el último hilo de esperanza que me quedaba y que yo había intentado hacer irrompible por medio de una fe constante aunque doliente y de constantes aunque dolientes plegarias, se me apareció el Redentor, vestido con aquel manto que, por burla, mandó ponerle Herodes I, con la corona de espinas y las manos atadas, con las señales de la flagelación. Venía hacia mí, mirándome fijamente, dolorosamente. ¡Era el Redentor! Antes le llamaba con dulce afecto: “Jesús”. Ahora le llamo: Señor. Ahora le llamo: Dios; le llamo: Redentor. Son nombres hermosos, pero demasiado ceremoniosos. Sin embargo, ya no puedo llamarle “Jesús” con la familiaridad de antes. No hablé y, de este modo, me deja en medio de esta tortura, sin darme el más mínimo consuelo. ¡Esto es demasiado! No encuentro paz en nada. Siento que la razón vacila.

---

1 Mateo 27, 27-31; Marcos 15, 16-19; Lucas 23, 11; Juan 19, 2-3.

19 de abril

X. ¡Oh Dios, me has abandonado por completo! Ni siquiera al recibirte encuentro paz. ¿Dónde estás?

20 de abril

Después de tanto silencio, la Bienaventurada dice: “Me has contemplado desde tu nacimiento hasta tu muerte. Has sido mía como hija de María Niña, has sido mía como hija de la Reina del Cielo, has sido mía como hija de la Dolorosa. Quise que fueras mía en tres congregaciones diferentes para que me amaras siempre. ¡Hija mía!, acompaña tu llanto. Abandónate a mí”. Oí esto mientras besaba la imagen de la Santísima María Niña. Inmediatamente después, me llegó la carta de Sor Isa I.

---

1 Se trata casi seguramente de una monja del Colegio Bianconi de Monza, donde la escritora estudió desde 1909 hasta 1913.

280

21 de abril

Ha desaparecido también ese lazo de unión. Y, sin embargo, rezo. Entonces, ¿por qué me deja tan abandonada?

22 de abril

No pasa nada. La desolación es cada vez más amarga.

23 de abril

No pasa nada tampoco hoy. Mi desolación se intensifica. Le rezo únicamente a María, porque no puedo hacer nada más y porque, aunque está ausente y no puede intervenir en mi favor, siento que tiene piedad de mí.

24 de abril

Vuelve a impulsarme la rebelión. Tendría que definirla Rebelión, con mayúscula, porque quien me zarandea enfurecido es Satanás, para separarme de Dios y llevarme primero a la locura espiritual y luego a la física. Dejo mi casa a las 15 y 30 l... y mi espíritu, herido de muerte, se queda allí. María, la portavoz, ya no está. El instrumento de

---

1 El año 1944 se caracterizó por los ocho meses de evacuación que obligaron a María Valtorta a dejar su casa. Este periodo corresponde a los escritos de abril a diciembre y transcurrió en la casa de Settimo y Eleonora Giovannetti, en S. Andrea di Compito, donde Marta Diciotti contaba con familias conocidas. Allí estuvo alojada también la familia Belfanti, de Reggio Calabria, pariente de María. Ésta no quiso correr el riesgo de solicitar una ambulancia al Comando alemán, por lo que partió en un viejo coche de alquiler, con Paola Belfanti y el P. Migliorini, que llevaba consigo el óleo santo. Les seguía un camión que transportaba los muebles de la familia. Durante esos 8 meses, el P. Migliorini - que se había vuelto a Viareggio - regresó varias veces a S. Andrea para visitar a María. También frecuentaban la casa otros religiosos: el P. Fava, párroco del lugar, el P. Fantoni y Sor Gabriella. Durante su permanencia, María no dejó de escribir, tanto los dictados como muchos pasajes de su vasta obra sobre el Evangelio. En varias oportunidades, Marta volvió a Viareggio para controlar el estado de la casa, hasta que el 21 de diciembre una carta del P. Migliorini anunció que había sido dispuesto el anhelado regreso que, en cambio, la familia Belfanti había emprendido ya en noviembre. El 23 de diciembre partieron María y Marta con una ambulancia y el camión de los muebles y, tras varias peripecias, llegaron a Viareggio, donde las esperaba el P. Migliorini.

281

Dios ha sido tronchado por la inexorabilidad de Dios. Nadie puede entender esto, nadie. Todos dicen palabras consabidas, todos sostienen tesis sin sentido que son, en verdad, “tesis al contrario”, porque los hechos con su realidad brutal las anulan y hacen notar aún más la irrealidad de las mismas. Pero aún en mi hora tremenda, entre sufrimientos totales, que sólo Dios conoce (si acaso Dios se ocupa todavía del gusano que ha aplastado, de ese pobre gusano que se creía destinado a convertirse en mariposa por el amor que la nutría llevándola al Amor y que, en cambio, el Amor rechazó con repugnancia), aún en esta hora, pronuncio una plegaria por la paz, por Paola, y para convencer a Dios de que tenga misericordia de mí. Pero no pasa nada.

25 de abril

Paso una noche tremenda, un día tremendo. A las 12 se produce una nueva separación de P. M., que vuelve a agravarlo todo. Llamo a María, pero también Ella parece inexistente. Ya no hay más Cielo para mí.

26 de abril

Veo un crucifijo, pero no se trata de Jesús crucificado. Es un crucifijo de madera sobre su cruz de madera. Es un emblema, no es Él tal como le veía antes. Me parece uno de esos Crucifijos colocados a lo largo de los caminos, como éstos que el otro día, yendo en auto, saludé con el corazón herido de muerte porque, aunque Él no me ama, yo le amo, y mi tormento más grande es este desamor suyo, y es también el más sorprendente para mí, porque nunca, nunca, jamás habría pensado que iba a tener que admitir que Jesús ya no me ama.

27 de abril

Van acumulándose los sufrimientos físicos, morales, espirituales y también se acumulan las intolerancias. Todo me hace sufrir; hasta ver las flores, que antes me gustaban tanto, ahora me resulta indiferente, o peor, me provoca llanto. No quiero nada porque no tengo a

Dios. Vuelvo a leer las páginas sobre Sor María Gabriela I y más que nunca me siento hermanada a ella en el dolor. Todo me hace daño: el clima, el aire, la luz, el agua. Aun los hechos insignificantes, que son una consecuencia de esta cruel evacuación, agudizan mi sufrimiento. Llora todo el día hasta quedar exhausta. Oigo que los demás ríen y bromean; veo que permanecen alejados de mí, sin piedad. Cuando digo: los demás me refiero a mis parientes, visto que no deseo ver a extraños. Se cumple lo que preveía: ahora que estoy aquí lejos, me han olvidado; me han olvidado de buena gana ahora que ya no soy la que hospeda y consuela, sino la que debe preocuparse de sí misma y ser consolada. Y, entre tanto, Dios no viene. Rezo, como me aconseja el Padre. Pero Dios no viene. Me hace enloquecer de dolor. Sin embargo, en estas condiciones, renuevo la entrega de mi ser por los fines consabidos: Paz, Reino de Dios, etc., etc., y mi única condición es ésta: “que me haga volver a mi casa”. También Sor María Gabriela había puesto una condición, y eso que era una criatura angélica. Por lo tanto, también yo puedo ponerla. No hay que pretender lo imposible del alma humana. Y los que predicán la entrega total, sin condiciones, son precisamente los que de por sí no saben ofrecer ni siquiera un rasguño.

---

1 Se trata de la biografía de Sor María Gabriela, una monja trapense de Grottaferrata (1914-1939), ya recordada en “Los cuadernos. 1943”, el 10 de mayo.

28 de abril

Estoy en las mismas condiciones.

29 de abril

Aunque yo no he intentado encontrarle, pues sé que es algo inútil, viene el sacerdote de este lugar 1 porque Paola se hace la ilusión de que su presencia me aliviará. Por el respeto debido a su dignidad, le recibo como es debido, pero me deja en las mismas condiciones que antes.

---

1 Se trata del Padre Narciso Fava. Véase la nota n.1 en el texto del 24 de abril.

283

30 de abril

Es un día desolado, de dolor. La Comunión me deja árida como una piedra y me siento más desconsolada que nunca. El Cielo está cerrado. Llora todo el día por mi miserable situación. Dios me ha abandonado y los hombres aumentan la angustia, pues en estas circunstancias se manifiestan indiferentes, sin comprensión, hirientes; sobre todo hirientes. Ayer por la noche tuve la impresión de que el Cielo se acercaba porque, con los ojos de la mente, vi que la Virgen, viva, se me aparecía en lo alto de un árbol que me parecía un olmo. Pero fue sólo un instante. Luego volvió la oscuridad de antes y el silencio que me persigue desde hace 20 días. Pero, ¿soy yo la que oyó tantas palabras y vio tantas cosas? ¿Es que en ese entonces estaba loca? ¿Es que estoy endemoniada ahora y por eso no merezco nada más? No pretendo gracias especiales. Las he rechazado siempre, por temor. Pero

quisiera al menos el consuelo de la unión con Dios, de la que disfruté desde el 23 de abril de 1943. Sin embargo, ruego. Aunque ya no me da alegría, ruego. Cuando veo en el espejo este campanario <sup>1</sup> o bien oigo echar a vuelo sus campanas, adoro la Cruz o digo el Regina Coeli. Pero, como a quien una profunda herida le ha abierto la garganta, el agua de la plegaria no desciende para saciar la sed de mi corazón. El agua huye a pesar de que yo, que agonizo, intento aferrarme a esa fuente.

---

<sup>1</sup> Se refiere al campanario de la iglesia parroquial de S. Andrea di Cómposito, que se reflejaba en el espejo colocado en el cuarto de la escritora inválida. Véase la nota 1 en el texto del 24 de abril.